

FALSIFICACION Y ROBO DE OBRAS DE ARTE

I

La falsificación, el fraude y el robo de obras de arte son fenómenos de delincuencia de los nuevos tiempos que por su peculiaridad específica y su magnitud imprimen el cuño de imborrables rasgos característicos al cuadro total de la criminalidad de nuestros días. Estos hechos surgen en el curso de los siglos, a partir del Renacimiento, bajo el poderoso influjo de determinadas condiciones sociales y económicas y diversas fuerzas de índole cultural. Es propio de la peculiaridad histórica de la falsificación y el fraude artísticos, y del robo de obras de arte, el hecho de que estos hechos criminales surjan por lo general en épocas culturales diferenciadas y tardías y se desarrollen en creciente proliferación. Ocurre así que en la antigüedad tardía se falsifican las esculturas griegas, en el Renacimiento las obras de la antigüedad y en los días del Romanticismo los cuadros e imágenes del Gótico. Hoy no sólo son imitadas con designio criminal obras de arte de todas las épocas del pasado, sino que son también objeto de falsificación y adulteración y maniobras fraudulentas, innumerables obras del arte actual.

La endemia de la falsificación ha cobrado hoy tal magnitud, que en la esfera total de la producción artística cada día nos es más difícil distinguir entre auténtico y falso. A menudo quisiera uno dar crédito a Sainte Beuve, que hace más de 100 años vaticinó certeramente que "la phase ultime de l'art, je la trouve dans la falsification". A este magno y poderoso proceso de falsificación se añade, desde hace década y media aproximadamente, el robo de obras de arte de las iglesias, los museos y las residencias particulares. El robo artístico, una forma especial del delito de robo condicionada por la época, evidencia un estrechísimo vínculo, en lo que se refiere a los motivos del hecho objetivo y a los motivos de sus autores, con la falsificación y el fraude en la vida artística. No en último término son todas estas formas de delito: fraude, falsificación y robo, uno y el mismo fondo espiritual y cultural, al ser algo común a unas y las mismas condiciones evolutivas económico-sociales.

Si se intenta coordinar los fenómenos criminales de la falsificación artística y más aún del robo de obras de arte, dentro de la estructura total de la criminalidad de nuestro tiempo, habrán de insertarse en la vasta esfera del llamado delito de prosperidad. Una parte esencial del origen de la alta cuota de criminalidad de nuestros días ha de verse en las condiciones del "bienestar", de la prosperidad, y con ello en los fenómenos económicos y sociales de la década y

N. DE LA R. Con lo esencial del trabajo del eminente penalista, Director del Instituto de Criminología, transmitimos la primera información responsable sobre tan actual y debatido tema.

por el Dr. THOMAS WÜRTEMBERG
de la Universidad de Freiburg

media última. El aumento de las fuerzas económicas de la producción, el apremio de inversiones de capital de buena rentabilidad, la racionalización y la intensificación del rendimiento del trabajo, la plena ocupación y muchos otros factores, trajeron consigo un insospechado florecimiento económico. La creciente riqueza de viejos y sobre todo de nuevos estratos sociales —especialmente a partir del “milagro económico” de Alemania— tuvo por consecuencia que por diversos motivos y sin entender verdaderamente de arte cada día más personas compran, coleccionan y vendan cada día mayor número de obras artísticas. Indudablemente el impulso cardinal de estos fenómenos es el íntimo cambio de actitud de vastos estratos frente a la vida. Ideales hedonistas de la vida determinan más que nunca el comportamiento de la gente, no sólo en lo que atañe a la existencia económica: también en lo que se refiere a la esfera cultural. Como consecuencia de esta actitud ante la vida, se evidencia un cambio de actitud también frente a los valores del arte y la cultura, al mismo tiempo que se relajan la fuerza del deber, del derecho y la moral. La larga duración de la alta coyuntura económica trae consigo que sean muy numerosas las personas de todos los estratos que con lo necesario para la vida disponen de medios para satisfacer las necesidades del lujo. La tendencia a “representar” y aumentar el prestigio social se sitúa en una prestancia de primer término. Poseer obras de arte constituye un símbolo de posición, no sólo de riqueza: incluso *es* en sí mismo riqueza en muchos casos. Los expertos en arte y los coleccionistas representan un “cuasi aristocrático” (A. Gehlen) papel en el régimen social vigente. Allende todo esto no olvidemos el cambio cultural de función de la obra de arte como tal. En calidad de mercadería cobra, al ser despojada de su antigua conexión cultural y social, una fungibilidad enorme. La conocida consigna “l'art pour l'art” es lo mismo que decir, según la interpretación de Oswald Spengler, “el arte para el comercio de arte”. La avidez de prestigio, dinero, ganancias y capital, propios de nuestra época, convierte demasiado a menudo a la obra de arte en objeto de negocios y especulación, incluso de actos criminales. La misma persona del artista, cuya posición social y situación económica están de todos modos imprecisamente definidas en la sociedad actual, es frecuentemente arrastrada por los ritmos de esa “danza en torno al becerro de oro” que va gradualmente destruyendo la ética tradicional del hombre de arte, deprava el talento creador y aun convierte al genio en criminal.

Desde que por la tendencia a adquirir lo auténtico, lo original o lo antiguo existe una acumulación de innumerables obras que son objeto de especulación

en el comercio de arte como mercaderías de especial calidad, existe para muchos elementos de moral sospechosa un fuerte estímulo en el sentido de obtener grandes ganancias por la falsificación, el fraude y el robo de obras de arte. En el comercio y el mercado de arte no sólo se ampara el falsificador en la impunidad anónima, favorecido por el sigilo de sus manejos: también marchands, intermediarios, agentes, subastadores, restauradores, expertos, etc., sin moral, disfrutan de una clientela vastísima. En los últimos tiempos se descarga sobre el mundo, en afluencia que no se interrumpe y aumenta constantemente, un caudal inmenso de falsas o falsificadas obras de arte. Son numerosos los museos e instituciones estafados anualmente por la adquisición de obras no auténticas o falsificadas, con un daño de millones. Desde que la demanda de obras de arte de todo género no puede ser cubierta, ni remotamente, por el mercado de arte, son robadas de las iglesias, los museos, las galerías y las residencias particulares, en creciente medida y flujo constante, innumerables obras de arte, que luego, bajo mano, por medio de encubridores, son vendidas por buen dinero a honrados o deshonestos compradores. También aquí el daño a la propiedad se eleva a muchos millones anualmente. Sobre la verdadera magnitud de la criminalidad, en cuyo centro se sitúa la obra de arte, difícilmente podremos formarnos una idea fidedigna. Desgraciadamente la estadística nos ayuda aquí bien poco o nada. Podría decirse que en ninguna otra clase de delitos es tan extenso el llamado “campo de sombra” como en la esfera del fraude y el robo en todas sus formas. De la cifra “oscura”, relativamente alta, es responsable, no en último término, el hecho de que las víctimas del fraude, de la falsificación y el robo, a menudo procuran evitar que al daño hecho se añada la burla y se abstienen de denunciar el delito. No debe, pues, sorprender que ante esta realidad sean muy raros, por ejemplo, los procesos por falsificación de obras de arte. Que no nos engañen aquí casos sensationales aislados que con intervalos de años han adquirido resonancia. En menor medida ocurre algo parecido con la criminalidad en los casos de robo.

II

Si hemos de considerar algunos fenómenos de la delincuencia actual en la esfera del fraude, la falsificación y el robo en cuanto estos hechos están en conexión con las obras de arte, deberemos plantear, por lo pronto, nuestra posición frente al fraude y la falsificación. Vemos la falsificación artística, vista en conjunto, hollar los trillados caminos que ya desde Miguel Angel, a quien la leyenda alude como uno

de los primeros falsificadores de obras de arte, se repiten en formas estereotipadas.

Se siguen empleando los viejos trucos de la falsificación y el fraude como enterrar, por ejemplo, las obras falsificadas, o esconderlas en palacios o capillas para que puedan ser descubiertas por aficionados o coleccionistas. Aún se siguen substituyendo secretamente originales valiosos por copias de escaso valor, o copias sin firma de pintores desconocidos son provistas de la firma de artistas famosos y vendidas a elevado precio a gentes de buena fe como su obra maestra. En el cuadro de conjunto que ofrece la falsificación de obras de arte, se observan, sin embargo, determinados rasgos característicos, antes casi desconocidos en el acaecer criminal, rasgos que demuestran que en la falsificación y el fraude artísticos se han adoptado, con bien probada habilidad, métodos propios de la evolución del fraude y la falsificación.

En forma paralela a las formidables alzas que registra el mercado de arte, cuyo exponente son los elevadísimos precios que se pagan, tropezamos con una verdadera multitud de falsificaciones, en todas las fases y grados, de obras no auténticas, semiauténticas y dudosas. Y es sorprendente hasta qué punto se acumulan los casos en que el acto de la falsificación anda mezclado, en mayor o menor medida, con otra clase de delitos, como tráfico ilegal de divisas, evasión tributaria, extorsión, etc., ya sea que sirva de telón a los otros hechos o que los facilite, incluso los haga posibles. También se da ocasionalmente, en el tráfico de obras artísticas, la combinación de robo y fraude. En la última década ha sido más frecuente el traficar con obras falsificadas que antes las maniobras fraudulentas en gran escala y de vasto alcance. El fraude artístico es hoy ocasionalmente manejado con determinadas formas de fraude crediticio y bancario o combinado con delitos tributarios y de divisas. Hace algunos años, además de en Dinamarca, en la Alemania del Oeste —sobre todo en Baden-Württemberg y la Westfalia del Rin septentrional— obras de arte falsificadas fueron objeto de los llamados fraudes "de enganche", en los que se vieron envueltos conocidos industriales y comerciantes alemanes. A estas personas les fueron ofrecidos por diestros cómplices de bandas internacionales de traficantes de arte de París, Monte Carlo, Río de Janeiro, Amsterdam, etc., cuadros, por lo general no auténticos y de escaso valor, a elevados precios. Se fingió que se tenían ya compradores extranjeros que podrían, a su vez, vender los cuadros a precios elevadísimos, pero que sólo estaban dispuestos a comprar en forma privada. En algunos casos los delincentes sólo consiguieron ganarse la confianza de los industriales alemanes por la intervención de

representantes de gobiernos extranjeros o en virtud de órdenes de compra de productos industriales a veces por sumas que ascendían a 250.000 dólares.

"Enganchados" con tal refinamiento compraron los cuadros, por lo general no auténticos, a los vendedores que se presentaban como marchands, con la tácita esperanza de obtener más tarde grandes ganancias por la convenida venta de los cuadros en el extranjero. Se confiaba en que no sería necesario el pago de impuestos por la ganancia o bien colocarla como inversión de capital en el extranjero. Sin embargo, resultó engañosa la oportunidad que parecía brindárseles a estos industriales que maniobraban al borde de la legalidad. Pues los estafadores y los que presuntamente se interesaban en la compra no se dejaron ver nunca. Los así envueltos en el lío tuvieron que quedarse con los cuadros que tan caros habían pagado, cuyo valor era bien escaso realmente. En la zona de la Westfalia del Rin septentrional el daño causado por estos fraudes llegó a los cientos de miles y a millones en Baden-Württemberg. Se habla de una suma total de 8 millones de marcos. Probablemente es bastante mayor. No siempre se trata en el fraude de obras de arte de maniobras tan peligrosas y de tan vastas proporciones. Se dan también gran número de hechos de la pequeña y mediana criminalidad característicos del proceder de la industria de la falsificación y el fraude de nuestra época. Los estafadores y delincentes se adaptan con gran habilidad a la creciente demanda de obras de arte y objetos de todas clases propios para colecciones que se hace sentir en vastos sectores de la población. Característica de la industria de la falsificación de nuestros días es la extensión y acción amplísima de este tipo de delito provocadas por la enorme demanda de obras de arte. Si antes, tanto el fraude como la falsificación de obras de arte se localizaban sobre todo en la gran ciudad, se ha extendido ahora a las ciudades pequeñas, incluso a las zonas rústicas. Traficantes sin moral organizan exposiciones como empresarios ambulantes y estafan a médicos, notarios, fabricantes, etc., vendiéndoles obras falsificadas.

III

Si consideramos las formas criminales del robo de obras de arte, no debemos olvidar que el robo representa hoy el más frecuente de los delitos. Esto explica que el robo de obras de arte y objetos gratos a los coleccionistas, a pesar de un aumento relativamente fuerte en los últimos tiempos, no grave con demasiado volumen en la totalidad de conjunto de la criminalidad del robo. Así, por ejemplo, la

criminalidad regional de la baja Sajonia registró sólo 40 robos de obras de arte para 1965 en un conjunto de 111.000 robos, leves y graves, denunciados. Desgraciadamente es muy alto el número de casos no esclarecidos de robos de obras de arte. Sólo en un aproximado 30% de casos pudo conocerse el autor.

De acuerdo con moderados cálculos han sido robadas desde 1960 en la Europa occidental obras de arte por valor de 130 a 150 millones de marcos. En la oficina federal del crimen de Wiesbaden hay un fichero en el que están registrados unos 10.000 casos de robo de obras de arte para 1964. Ciertamente se dan aún casos de robos de grandes y famosas obras de arte, como el de la Mona Lisa, etc. Pero los ladrones saben muy bien lo difícil que es colocar en el comercio tan conocidas obras. Por eso prefieren hoy el robo de la mercadería artística de tipo medio. A menudo se trata de cuadros anónimos de Madonas, ángeles barrocos, tablas votivas, etc. Cuando se trata ya del robo de una gran obra como la Madona del Volkach, por ejemplo, lo que generalmente se persigue es la obtención de un rescate para la devolución del cuadro o la imagen. O bien se busca un arreglo financiero con la sociedad aseguradora para la devolución. Debe ser aquí tema de muy grave preocupación el ocasional comportamiento de cierta prensa, que por motivos de sensación a cualquier precio busca —en el caso de la Madona de Volkach y en otro caso en Zúrich, por ejemplo— intervenir en la persecución de los ladrones negociando un "pacto" con ellos.

Desde hace algunos años son robados sobre todo cuadros de santos, tablas votivas, ángeles, paramentos, etc., en las iglesias, y con menor frecuencia,

ciertamente, obras de arte de los museos públicos. Sobre el aumento del número de obras de arte robadas en Austria, nos informa así R. Grassberger: "Mientras en los años 1957-59 ascendieron los robos a 40 anuales con un daño de unos 10.000 Schilling por mes, en 1961 ascendió a 70 robos y el daño a 400.000 Schilling. Hoy debe acercarse al millón". Grassberger añade: "Estremece aquí no sólo el hecho de que no hay ya nada santo para los ladrones, sino la ligereza con que muchos de los compradores hacen caso omiso del sospechoso origen de las esculturas que se les ofrecen y que deben compensar en sus hogares el rasgo moral que falta en su vida". Además de en Austria se registran hoy robos de grandes proporciones de obras de arte en Alemania occidental, sobre todo en Baviera, pero también en Baden-Württemberg. Una comisión especial de la policía del crimen registró entre los años 1958-63 en Baviera (sin contar Munich) 607 robos en iglesias, capillas, museos, etc. Para obstaculizar el esclarecimiento de sus hechos por la policía los ladrones procuran vender las obras de arte robadas a traficantes y aficionados extranjeros. La vecina Suiza, sobre todo, está abundantemente abastecida de obras de arte robadas en la Alemania meridional. Tanto traficantes extranjeros como alemanes adquieren a menudo con demasiada ligereza obras de arte de tan sospechoso origen, amparándose siempre en su presunta buena fe. El margen de ganancia de los que trafican con las obras robadas oscila entre el 2.000 y el 3.000%. La persecución de esta delincuencia es má difícil por el hecho de ser practicado el comercio de objetos robados por vendedores ambulantes motorizados, gitanos y buhoneros de todo tipo.